

# Nunca estamos solos

J. A. Gutiérrez

Image not found.

# Capítulo 1

¡Pobre profesor Solomon!

Hacia poco había sido declarado hombre del año por una importantísima publicación internacional. Había salido en televisión y dado entrevistas por radio y por internet. Su nombre era conocido por todo el mundo. Incluso se rumoraba que había rechazado educadamente una propuesta de cierto estudio de cine para llevar su historia a la pantalla grande.

Pero ahora estaba muerto. Y los detalles de su muerte tardarían meses en ser revelados, por ser considerados demasiado fantásticos.

Fue su colega y colaborador, el biólogo Eric Vaez, quien finalmente declaró la verdad. El profesor Solomon había sido víctima de una terrible crisis mental, que le había llevado eventualmente a cometer suicidio. Trágico, pero cierto. Pero lo más extraordinario era lo que lo había llevado a semejante estado de desesperación. No un fracaso, sino un éxito. Un éxito mayúsculo.

El profesor Solomon era un famoso etólogo que desde hacía varios años se había especializado en el estudio de la cognición animal. Había hecho estudios sobre numerosas especies, desde moluscos hasta primates, pasando por aves, roedores, reptiles, artrópodos... en fin, todo lo que no fuese un organismo sésil.

Sus estudios sobre la comunicación de los murciélagos habían cambiado por completo la idea que se tenía de aquellos animales. Con la ayuda de tecnología de punta había logrado captar los llamados ultrasónicos - de una frecuencia demasiado alta como para que la gente pudiera escucharla sin ayuda de aparatos-, con tal claridad y minuciosidad, que había logrado formar "diccionarios" de vocalizaciones mucho más complejas de lo que jamás se había sospechado, demostrando que los murciélagos- o al menos las tres especies que había estudiado-, podían hablar unos con otros, en un lenguaje inaudible en gran parte para el ser humano, y que nada tenía que envidiar en complejidad a los que otros científicos ya habían estudiado en cetáceos y otros mamíferos.

El estudio fue replicado y confirmado por otros científicos. Las dudas se disiparon, y el profesor Solomon se convirtió en una celebridad en su campo, pero no paró ahí. Estaba convencido de que si los murciélagos tenían su propio lenguaje, también debían tenerlo otros animales. Y así, con la ayuda del profesor Vaez y varios voluntarios de la Universidad, comenzó a recopilar datos sobre otras especies. Cada descubrimiento parecía más impactante que el anterior. ¿Quién iba a imaginar, por ejemplo, que las jirafas, animales tradicionalmente considerados mudos, de hecho tenían un complejo repertorio de vocalizaciones en el rango

infrasónico- lo opuesto a ultrasónico, es decir, frecuencias demasiado bajas para ser percibidas por humanos, como no fuese en forma de vibraciones?

Las jirafas tenían llamados especiales para designar diferentes objetos, e incluso, al parecer, adjetivos para describirlos con más detalle. El profesor Solomon fue la estrella de un documental sobre jirafas en el que, por primera vez, se subtítulo una larga conversación entre varios de los rumiantes en su hábitat natural. La conversación en general giraba en torno a la comida; que si éste árbol era más sabroso que aquel, que si éste estaba infestado de hormigas, y que si al otro lado del río los árboles eran mejores. Nada fuera de lo esperado, por cierto, pero, ¡por Dios!; era un documental en que, gracias a los nuevos aparatos tecnológicos desarrollados por Solomon y su equipo, la audiencia podía espiar la conversación de otra especie con un 80% de precisión. Y 80 solo porque había otros infrasonidos (producidos por actividad sísmica, tormentas lejanas, e incluso manadas de elefantes en la misma reserva de vida salvaje), que de vez en cuando interferían con las transmisiones.

De las jirafas, el profesor Solomon saltó a los loros, argumentando que, si bien a aquellas aves se les había enseñado a repetir el lenguaje humano desde hacía miles de años (a veces llegando los plumíferos a usar ciertas palabras y frases en contexto), nunca nadie se había tomado la molestia de intentar hablarles en su propio lenguaje. Una vez más, un estudio detallado de las vocalizaciones de cinco especies distintas de loros, coordinado por Solomon y llevado a cabo por sus estudiantes, descubrió niveles de complejidad que dejaron pasmados a ornitólogos y legos por igual.

Para cuando el estudio llegó a su fin, Solomon era capaz de usar una computadora para traducir no sólo los sonidos producidos por los loros, sino también un elemento que fácilmente habría podido pasarse por alto; el lenguaje corporal de los mismos. Y eso no era todo; con un nuevo programa informático diseñado específicamente con tal fin, ahora solo debía teclear su respuesta en la computadora, y ésta reproducía en audio una respuesta coherente que el loro era capaz de entender.

Por primera vez en la historia, un hombre mantenía una conversación verbal- aunque con ayuda del aparato- con otra especie. ¿Y qué importaba que los loros también hablaran principalmente de comida?

*"Lo que podemos aprender de éstos estudios es que los humanos hemos sido arrogantes al considerarnos la única especie inteligente en éste planeta"* había declarado en una exposición ante representantes de las Naciones Unidas unos años más tarde *"Y que hemos desperdiciado tiempo y recursos valiosos buscando alguien con quien hablar en el espacio exterior, cuando teníamos literalmente millones, ino, billones de potenciales interlocutores justo aquí, en la Tierra!"*

La exposición de Solomon- evidencia irrefutable, replicable e

incontrovertible de que los animales eran criaturas inteligentes y dotadas de complejidad emocional independiente de lo que la ciencia tradicional considerara como su "nivel evolutivo"- cambió muchos paradigmas y no dejó más remedio que modificar numerosas leyes para asegurar un trato más digno, y la protección de numerosas especies amenazadas involucradas en los estudios. Solomon aparecía en televisión, entrevistando a criaturas de toda índole que generalmente respondían con alguna petición de comida o preguntando si ya podían irse a dormir. Con todo, el candor de los animales encantaba a las masas, e incluso los científicos que continuaron con los estudios de Solomon no podían evitar sentirse conmovidos cuando sus objetos de estudio expresaban, ocasionalmente, lo mucho que les agradaba su interlocutor humano (y las golosinas con que usualmente se les sobornaba).

En cuanto a Solomon, ahora apodado el Dr. Dolittle moderno, había acabado por retirarse parcialmente de la vida pública, pero nunca abandonó el proyecto completamente. ¡Todo lo contrario! Siguió investigando, catalogando y recopilando diccionarios de lenguaje animal cada vez mas complejos.

Ahora no solo incluía vocalizaciones, gestos y lenguaje corporal, sino que se aventuró más allá del universo sensorial familiar a los humanos, y comenzó a estudiar los lenguajes químicos, olfativos y eléctricos de animales cada vez más dispares. Viajó a Venezuela a estudiar a las anguilas del Orinoco, descubriendo patrones en sus pulsaciones; un lenguaje basado en la electricidad. Descifró numerosos códigos de feromonas de polillas e insectos sociales, y estudió las vibraciones que las arañas se telegrafaban unas a otras por medio de las hebras de sus telarañas. Para cuando cumplió los cincuenta y seis años, Solomon tenía tal biblioteca de lenguaje animal que ni siquiera él recordaba qué había en ella, y había mantenido conversaciones coherentes con más de ciento cincuenta especies.

Con todo, no publicó los resultados. Vaez sabía que estaba preparando algo grande, pero Solomon se rehusaba a compartir todos sus secretos. "*Paciencia*" decía. "*Valdrá la pena, te lo aseguro.*"

Eventualmente tuvo éxito, pero ese éxito lo destruyó. Porque Solomon había ido demasiado lejos. Vaez lo descubrió al revisar los documentos de su viejo colega y descubrir, encuadernado en cuero negro, un diario en el que había anotado sus triunfos. El último fue la pista que Vaez necesitaba para averiguar exactamente que había sucedido.

El infeliz Solomon no había estado satisfecho con conversar con pájaros, pulpos y serpientes usando una computadora como intermediario, no. Había tenido una mejor idea; una idea genial, extrema, que le convertiría de verdad en un Dolittle de la vida real, capaz de hablar con cualquier animal en cualquier momento sin necesidad de conectar la computadora y

el audio para hacerlo.

¿No habría sido fantástico hablar con las palomas, las ardillas y los gorriones de la calle como quien saluda a los vecinos? ¿No sería increíble poder averiguar, por fin, qué le dolía exactamente a los perros enfermos, o por qué los gatos insistían en orinar en la alfombra? El profesor Solomon, obsesionado, creía que sí.

Y por eso diseñó aquel implante; un minúsculo chip que contenía toda la biblioteca digital recopilada por Solomon a lo largo de años y años de estudio.

La tecnología había sido perfeccionada. Todo lo que Solomon necesitaba hacer era ver, escuchar y olfatear como de costumbre. El chip, conectado a su cerebro, recibía la información sensorial y la traducía automáticamente gracias a la extensísima base de datos que contenía, traduciendo los llamados de pájaros e insectos, ladridos, maullidos, e incluso la comunicación química y olfativa de insectos y demás, de modo que el profesor Solomon los escuchaba en su cabeza como si fuesen voces humanas.

Y aquel había sido su error.

El diario lo relataba todo. Al principio había sido como expandir la conciencia de forma extraordinaria, mágica; el mundo estaba más vivo que nunca. Solomon escuchaba todo lo que los animales decían. El problema era que todos hablaban a la vez, y todo el tiempo. En plena gran ciudad, Solomon había creído que las voces animales serían apenas un pequeño agregado a las de las multitudes humanas... pero no.

Pronto se percató de las legiones y legiones de minúsculas criaturas que merodeaban sin ser vistas. Hormigas marchando en las aceras, hablando todas a la vez con sus señales químicas; moscas casi microscópicas que sobrevolaban a las hormigas, buscando puntos débiles en sus defensas y exoesqueletos. Orugas que no dejaban de hablar unas con otras al tiempo que devoraban hojas, ocultas en los setos y los árboles al lado de la calle. Arañas, mariposas, grillos, saltamontes... ¡ay, si tan solo hubiese pensado dos veces antes de descargar *toda* su base de datos en el microchip, o al menos, en tomarse un poco más de tiempo para diseñar un método de control... algún tipo de *switch* para apagar la cacofonía, o concentrarse exclusivamente en, por ejemplo, la criatura que tuviese en frente en determinado momento!

Pero la emoción había sido demasiada. Había actuado impulsivamente en su ansía por saber más, por experimentar, y ahora el chip estaba en su cerebro, y resultaba peligroso removerlo. La cacofonía seguía creciendo. Había olvidado cuántas especies había estudiado.

Por la noche escuchaba en las vallas y la calle fuera de su casa los gritos, insultos, amenazas y fanfarroneadas de los gatos callejeros, y las ratas

susurrándose unas a otras, aconsejándose no pasar demasiado cerca de donde peleaban los felinos. Los grillos cantaban monótonamente pidiendo sexo. Los murciélagos repetían *"¡Lo tengo! ¡Lo tengo!"* sin parar, en sus voces ultrasónicas, cada vez que pasaban volando, persiguiendo insectos nocturnos, y el infeliz profesor escuchaba todo como si fueran personas dentro de su cabeza; voces humanas que hablaban de cosas animales, básicas, intrascendentes.

Arrepentido, había intentado convencer a su médico privado de extraer el chip.

*"Imposible"* había dicho éste *"Es demasiado riesgoso. Recuerde que estuvimos muy cerca del desastre al ponerlo ahí en primer lugar."*

Y se había negado rotundamente, al tiempo que el profesor escuchaba, con tremendos escalofríos, a los peces dorados en el cuenco del escritorio del médico, exigiendo hojuelas de alimento.

El diario lo decía todo. Solomon se había convertido en un ermitaño. No soportaba salir a la calle; demasiados traumas arrastraba ya tras pisar accidentalmente a varios insectos que por desgracia estaban incluidos en su base de datos.

No soportaba las conversaciones monótonas de las palomas posadas en los cables eléctricos. Parecían ser siempre las mismas.

Los gatos callejeros insistían en murmurar sobre lo feo que estaba. Y pájaros, grillos y ranas pedían sexo a grandes voces. No podía soportarlo.

Se había encerrado en su casa solo para descubrir lo increíblemente difícil que resultaba mantenerla libre de inquilinos. Ratones anidaban bajo la duela y no dejaban de hablar, día y noche. Arañas telegrafaban en el techo y las esquinas. Moscas entraban volando por la ventana, repitiendo un sonsonete ininteligible.

Solomon no se atrevía a echar insecticida; no podía, ahora que entendía lo que los animales decían, pero, ¡por Dios, que lo tenían harto! Mandó instalar mosquiteros en las ventanas. Sólo funcionó a medias. Las cucarachas hablaban a susurros unas con otras por la noche, poniéndole los nervios de punta; era como tener ladrones merodeando dentro de su casa, hablando como quien teme ser descubierto.

Un grillo en alguna esquina oscura, indetectable, exigía placeres carnales una, y otra, y otra, y otra, y otra vez...

Al final no pudo más, y llamó al exterminador. Sentado en su auto, lejos de los gases tóxicos, lloró amargamente, sintiéndose un asesino. Pero era eso, o su sanidad. La fumigación no terminó completamente con las voces, pero ciertamente las apaciguó. Cerrando las ventanas no podía escuchar ya las lujuriosas propuestas de los ortópteros. ¿Y qué si hacía calor? Podía activar el aire acondicionado. Podía vivir así. No tenía por qué

sufrir aquella locura, producto de su propia pasión desbordada, de aquel momento de locura, de pésimo juicio.

Pero la tranquilidad le duró poco. Porque no pasó demasiado tiempo antes de que, en su casa ahora más silenciosa que nunca, volviera a escuchar voces trémulas conversando. Voces delgadísimas que no alcanzaba a identificar. Imaginó que debían ser bichos pequeñísimos. Los buscó, pero no encontró nada. Usó un cristal de aumento y recorrió cada centímetro de la casa.

Nada.

Haciendo de tripas corazón roció la casa entera con insecticida, pero las voces continuaron.

Y para su horror, cuando salió a la calle, resignado, dispuesto a comprar varias latas más, se dio cuenta de que las voces le seguían. Agitó los brazos alrededor de su cabeza. Podían ser mosquitos. O jejenes. Pero no sirvió de nada. En la tienda las volvió a escuchar. Y nunca dejó de hacerlo. Aunque buscó, roció, lloró y protestó- o eso imaginaba Vaez-, nada le funcionó y al final acabó por perder la cabeza y suicidarse.

En el funeral de Solomon, Vaez decidió arriesgarse a parecer insensible ante los dolientes, e incluir su propia teoría de por qué el ilustre profesor se había quitado la vida. Lo insertó en el discurso que dio frente al micrófono.

*"El profesor Solomon fue un brillante científico, pero también un gran amigo, no solo mío, sino de muchos que lo recordarán y echarán siempre de menos. Sé que es fácil decir que está con nosotros y lo estará siempre; eso no cambia el hecho de que nos sentiremos muy solos sin él. Pero quisiera compartirles algo que me dijo el profesor cuando yo era nada más que un estudiante universitario. Dijo, "Eric, cuando te sientas solo... siempre que te sientas solo, recuerda que existen al menos once especies de ácaros diminutos que nacen, viven, se reproducen y mueren única y exclusivamente en las cejas y las pestañas de los seres humanos. ¡Once especies! Puedes lavarte cuanto quieras, desinfectarte, afeitarte las cejas... da igual. No puedes deshacerte de ellos. Evolucionaron junto con nosotros y están ahí para quedarse. Eric, no te sientas solo... porque nunca lo estamos realmente."*

Vaez había soltado un suspiro, con la mirada perdida.

Estaba convencido de que el último pensamiento de Solomon había sido aquella misma conversación.